

PAULA GALLEGO



TODOS
LOS
SECRETOS
OSCuros

PAULA GALLEGO

TODOS
LOS
SECRETOS
OSCUROS

» PUCK «

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

1.ª edición: diciembre 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2023 by Paula Gallego

Autora representada por IMC Agencia Literaria S.L.

All Rights Reserved

© 2023 by Urano World Spain, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-19252-64-7

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*Esta es para las villanas.
Que arda el mundo.*

Advertencia de contenido

Alguna de las escenas contiene violencia sexual que podría herir la sensibilidad del lector.

Siempre he sabido que mi vida era un préstamo. Lo sabía en la Orden, cada vez que nos enfrentábamos a alguna prueba demencial, cuando nos dejábamos morir de hambre o nos infligíamos las mismas heridas que la verdadera Lira tenía... y también lo sé ahora.

El corazón me late con fuerza contra las costillas mientras despliego la carta y vuelvo a leer.

A menudo me he preguntado si también ese órgano cambiará cuando nuestros cuerpos se transforman.

Yo creía que sí. Estaba convencida de que incluso eso debía ser diferente.

Amita siempre aseguraba que no.

La recuerdo con el rostro apoyado en mi pecho, en ese cuerpo que no me pertenecía del todo, contando mis latidos en un murmullo.

Uno. Dos... Tres. Cuatro... Cinco. Seis...

Me pedía que cambiara, aunque tuviéramos prohibido tomar cualquier otra forma, y yo aceptaba porque por ella estaba dispuesta a romper casi cualquier norma.

Luego, volvía apoyar la cabeza en mi pecho y, triunfante, sonreía.

¿Ves? Reconocería este ritmo en cualquier forma... este corazón en cualquier cuerpo.

Yo deseaba creerla. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

Me estremezco, y aparto esa imagen de mi mente con brusquedad. Hay cierta violencia en recordar a Amita justo ahora, cuando acabo de leer la misiva de los Cuervos y sus órdenes resuenan en mi cabeza:

Eris no debe perder el interés en Lira. Confiamos en que sepas reconducir su afecto.

Arrojo la carta al fuego del hogar. El sello del cuervo se funde al instante y desaparece junto al resto del papel mientras la tinta de la Orden se desvanece.

Como la doncella personal de Lira, a nadie le sorprende verme entrar en sus aposentos. El pajarillo tampoco está aquí. Cree que nadie se da cuenta cuando se escabulle de madrugada para visitar a su capitán.

Absurda.

Tomo uno de sus vestidos y me transformo antes de ponérmelo.

Es por ella, por su imprudencia y descaro, por quien debo hacer esto.

Me miro en el espejo del tocador mientras termino de vestirme, y me doy cuenta de que esta imagen: el pelo negro y ondulado, los ojos verdes y severos, la sonrisa hermosa y despiadada... me hace sentir más cómoda que el disfraz de Dana. No en vano llevé la máscara de Lira casi diez

años.

La pobre Dana no notó el sabor del veneno en el té. Elegí la toxina de la araña de plata porque cualquier otro que la hiciera sangrar sería demasiado evidente, y hacerle pasar por las alucinaciones de la seta púrpura o las espantosas quemaduras internas de la hiedra de los muertos me pareció una crueldad.

No quería que ella supiera que iba a morir, y tampoco que los Cuervos descubriesen que no le atravesaría el corazón como dicta la costumbre. Así que usé la toxina y recé para que se deshicieran del cadáver antes de que notaran el ennegrecimiento en las extremidades.

Nadie me exigió explicaciones, así que supongo que no me equivoqué.

Me recojo el pelo, dejando aún más expuesto el generoso escote, y salgo de los aposentos de Lira con una única dirección: la habitación de Eris.

Una voz que brama me llega desde el otro lado cuando me detengo frente a la puerta. Es él, que grita a alguien que no se atreve a replicar. Se oye un estruendo, el sonido del cristal al hacerse añicos contra algo y, de nuevo, más gritos encolerizados. Todos de él.

Tras unos instantes, comprendo que esto no ha de cesar y alzo la mano para tocar la puerta con los nudillos.

Inspiro con fuerza.

Me recuerdo que no es la primera vez. Me digo que no puede ser peor.

Un sirviente me recibe. Parece aterrorizado, y un reguero de sangre cae desde su ceja izquierda, abierta de lado a lado, sobre su ojo.

—¿Quién es?

La voz de Eris se escucha desde fuera. Autoritaria, fría y raspada; el mal humor y un hastío peligroso se advierten en el tono pesado.

—La princesa, majestad —responde el sirviente.

La sangre se abre paso hasta que le obliga a cerrar el ojo. La mano que sujeta la puerta abierta le tiembla mientras se pregunta si es más indecoroso dejarlo estar o limpiarse la sangre con el dorso de la manga.

Se escuchan unas pisadas impacientes y, un instante después, la presencia de Eris llena el recibidor.

No mira al sirviente cuando ladra:

—Largo.

Y este no pierde el tiempo en anunciar su marcha, excusarse o agradecerle la liberación; así de asustado está.

Eris se hace a un lado para dejarme pasar. Lleva esa pesada corona dorada sobre el cabello rubio, con los Leones y los rubíes, que parecen sucias manchas de sangre bajo la luz de las velas.

—Qué grata sorpresa —murmura, aunque no parece muy contento. Me pregunto por qué—. La última vez saliste corriendo como un ratón asustado.

Ah, así que es por eso.

El pajarillo no tuvo valor. Por eso habrán enviado la carta. Por eso querrán que yo solucione este desastre. Quizá deba hablar de nuevo con ella. Si no tiene cuidado la próxima misiva podría ordenar su muerte.

—Vengo a enmendar errores —respondo, con una sonrisa.

Cuando paso junto a él no se aparta, aunque tiene espacio para hacerlo, y yo me aseguro de que mi brazo roza su pecho. Me dedica una mirada entornada mientras avanzo, sin dejar de mirarlo, y vago después a través de la sala, con pasos lentos y perezosos.

Eris cierra la puerta a su espalda con una sola mano. La deja ahí apoyada un rato, mientras me observa, antes de echar a andar hacia mí.

—¿Qué errores quieres enmendar? —pregunta.

Camina a mi alrededor y yo le dejo creer que soy la presa, deslizándome sin rumbo fijo, acariciando la superficie de una estantería, la tela de las cortinas...

—Usted dirá, majestad.

—Creía que íbamos a tutearnos.

Me detengo. Sonrío.

Un descuido; pero él está demasiado interesado en el desarrollo de la velada como para preocuparse realmente por si lo tuteo o no.

—Otro error. Lo lamento, Eris.

—Ibas a enmendarlos, ¿no? —sugiere—. ¿Qué piensas hacer?

Me detengo junto al marco de la puerta que da al dormitorio. El vistazo a la cama, enorme y cubierta de delicadas y lujosas sábanas, me arranca una punzada en el estómago.

La primera semana tras suplantar a Dana me llegó una nota con el mismo sello del cuervo, y esa noche tuve que visitar el adoratorio real de Uralur. Aquella vez no hubo sábanas de seda, solo el frío tacto del altar contra mi piel.

Me vuelvo hacia Eris y apoyo la espalda contra el marco de la puerta. Me dejo caer contra ella, como si me sintiera blanda, y esbozo mi mejor sonrisa indolente.

De pronto, el príncipe oscurece su mirada y un segundo después me tenso al sentir cómo se acerca a mí. Debo contenerme para no revelar la máscara, para que el disfraz se quede en su sitio. La forma en la que se planta frente a mí, esta invasión tan clara de mi espacio y la forma en la que me mira desde arriba, sin embargo, hacen que sienta como si una vara de metal candente me atravesara de lado a lado.

—Hace no mucho viniste con intenciones similares y al final tú te marchaste y yo tuve que conformarme con los favores de una criada.

Se me revuelve el estómago. ¿Acaso tuvo opción esa chica con la que se *conformó*?

—No voy a marcharme —le prometo, con voz dulce.

Eris sonrío, pero no hay nada amable en el gesto; solo un hambre voraz en la forma en la que curva los labios. Da un paso adelante, hasta que siento su pecho contra el mío, y entonces me agarra del mentón. Sus dedos se clavan con fuerza en mi carne.

—Oh, no. Claro que no vas a marcharte —ronronea—. Esta vez yo no pienso dejarte ir.

Debería sonar como una provocación y, sin embargo, no puedo obviar el tono, esa cadencia turbia y pesada que se adhiere a los huesos como la promesa de una condena.

Intento sonreír, pero creo que mi sonrisa no sale como esperaba. Si él lo nota, lo achaca a los nervios o, simplemente, le da igual.

Me hace un gesto con la barbilla, señalándome el cuarto, y yo me obligo a moverme.

La primera vez que me acosté con un hombre fue hace ya bastante tiempo, pero aún recuerdo la sensación en la piel, el tacto horrible, el sabor agrio de unos besos que no deseaba. Yo me había convencido de que sí. No hubo carta que me dijera lo que tenía que hacer, ni órdenes directas. Fue mi propia voluntad, mi ignorancia o mi ceguera lo que me llevaron a la cama de Alex Alya, mi compañero. Sabía que yo le gustaba y, si no, al menos le gustaba mi físico, porque ya le había robado antes un beso y unas cuantas caricias indecentes al pajarillo.

Así que cuando comprendí lo que empezaba a sentir por Amita y lo achaqué a mi curiosidad, a la confusión y a un deseo sin encauzar que me aterrorizó, tomé a Alex y lo metí en mi cama.

Cuando se lo conté, porque nos contábamos todo, Amita me preguntó con dolor si me había gustado y yo le dije la verdad. Le dije que había odiado cada segundo; pero todavía entonces no tuve valor para reconocer por qué.

Al fin y al cabo, mi mera existencia era ya un pecado. ¿Es que acaso la magia de Cuervo que había en mí me había corrompido hasta el punto de hacerme sentir aquellas cosas? No quería pensarlo siquiera. La idea de defraudar a la Orden de cualquier forma me aterrorizaba.

Eris entra detrás de mí, y yo me detengo junto al tocador de patas retorcidas y sinuosos diseños sobrecargados. Hay varias copas olvidadas, dos vacías y una a medio consumir. Antes de que me alcance, me giro, apoyo allí la cadera y ladeo la cabeza.

—¿Es que no me ofreces a mí una copa?

Eris chasquea la lengua y le veo barajar la posibilidad de negármela. Sin embargo, se resigna, sale de la habitación y le escucho entrar en la salita donde debe de tener los licores.

Cuando vuelve, me tiende un vaso prácticamente lleno. Arqueo una ceja, pero no pienso decir nada. Pienso bebérmelo de un trago y rezar para que haga efecto rápido.

—¿Es que necesitas valor para lo que vamos a hacer?

Una rápida contestación acude a mis labios, pero no la dejo salir. No sé qué respuesta espera, ni cuál *desea* escuchar. Así que doy un trago al licor, que tiene un sabor intenso, y bajo la cabeza, como si pensar en ello me avergonzara. Luego, sonrío delicadamente mientras gano tiempo.

Los diseños de la alfombra son tan ostentosos como el resto de la decoración: decenas de leones rugientes se entrelazan en un mosaico de líneas curvas e imágenes de extremidades desproporcionadas.

—¿Qué esperas exactamente de esta noche, Eris? —pregunto entonces, tanteando.

Él me mira un segundo antes de dar un par de pasos atrás y sentarse en el banco de terciopelo

azul que se encuentra a los pies de la cama.

Bien. Al menos, vamos a hablar. Tendré tiempo para prepararme y, si juego bien mis cartas, tal vez pueda tomar algunas decisiones esta noche; marcar ciertos límites. Quizá se conforme con un poco de *mí*. Pude que unas cuantas lisonjas y un poco de espectáculo sean suficiente. Si soy convincente, a lo mejor ni siquiera tiene que tocarme él a mí.

—Espero demasiadas cosas para hacerlas todas en una sola noche.

Trago saliva.

—Empecemos por algo sencillo, entonces —sugiero, bajando el tono de voz, y apuro la copa de un trago antes de echar a andar hacia él.

No será peor que lo que tuviste que hacer en el adoratorio, me intento convencer.

Antes de dar dos pasos, sin embargo, Eris alza una mano.

Su mirada es severa cuando ordena:

—Quédate donde estás.

Frunzo el ceño, pero obedezco.

Sus ojos me recorren de arriba abajo con avidez.

—Desnúdate —me pide.

Inspiro con fuerza y tardo un par de segundos en responder. Fragmentos rotos de recuerdos acuden a mí ante la autoridad en la voz. Aquellas veces no estaba preparada. No sabía lo que sé ahora. Así que sonrío y me acerco a él, ignorando su orden.

Eris frunce el ceño, pero no me detengo y me planto frente a él, entre sus piernas, antes de inclinarme ligeramente.

—¿Y si te desnudo yo a ti? —propongo, dulce.

Apenas le he soltado un par de botones cuando su mano agarra con fuerza mi muñeca y la violencia del gesto me sobresalta.

No me libera mientras se levanta, no dice nada ni afloja el agarre. Se alza cuan alto es, a un palmo de mí, estirando mi brazo en el camino.

—Te he ordenado algo.

Aprieto los nudillos.

—¿Va a funcionar así? —pregunto, aún suave—. ¿Vas a decirme lo que quieras y yo tendré que obedecer?

Eris acerca su rostro al mío.

—Quizá tu capitán te haya malacostumbrado.

Voy a replicar cuando me suelta de pronto y, un instante después, sus manos han bajado hasta mi escote para liberar con rudeza los lazos que atan el corsé, reventando el tejido.

El gesto es tan brusco que no puedo evitar soltar una exclamación y alzar las manos para interponerlas entre ambos. El movimiento, no obstante, parece molestarlo, porque suelta un gruñido bajo, me agarra del cuello y me empuja con violencia hacia atrás, hasta que mi cabeza impacta con uno de los postes de la cama.

Un dolor sordo se dispara en mi nuca al tiempo que la tensión me recorre la columna. Sus dedos me aprietan la garganta.

—Seguro que ahora te arrepientes de no haber aceptado mi oferta cuando pudiste decirme qué es lo que te gusta.

—Eris, me haces daño —le advierto, y quizá mi voz suene demasiado dura para el papel que debo interpretar, pero estoy demasiado asustada para controlarlo.

Eris sonrío con deleite.

—Bien —responde, y el miedo, acuoso y helado, se desliza por mis venas congelándolo todo a su paso.

Hace más fuerza, tanta que apenas pasa un hilillo de aire a través de mi garganta. Abro la boca intentando respirar y el terror me hace agarrarle la mano para tratar de soltarla.

—Por favor —susurro, apenas sin aliento.

Me defenderé. Lo mataré si es necesario.

Sé que eso, a la larga, traería consigo mi propia muerte; pero no dejaré que él me lleve a mí.

Le clavo los dedos en la mano y estoy a punto de alzar la pierna en un rodillazo cuando, de pronto, Eris afloja el agarre y el aire vuelve a mis pulmones.

Sus dedos me acarician el cuello dolorido en una caricia que parece casi tierna.

Me empuja contra el poste de la cama.

—No te atrevas a jugar conmigo —me advierte—. No vuelvas a replicarme.

El miedo sigue latiendo en mis sienes, en cada respiración, en cada pulso... Junto con él, sin embargo, noto la fuerte corriente de la ira.

Alzo el rostro hacia él, sin rehuir su mirada.

—Si vuelves a ponerme la mano encima me marcharé y no volveré a estos aposentos jamás —respondo yo.

Eris me contempla un segundo, dos, tres... mientras su mirada se enturbia y una ferocidad oscura se apodera de su semblante.

No lo veo venir.

Alza el brazo tan rápido que no soy capaz de pararlo. Incluso si hubiera hecho uso de mis capacidades reales, y no de las de Lira, no habría podido detenerlo. Así de veloz es; así de brutal.

No es una bofetada. Siento cada nudillo en el hueso del pómulos. Los siento como aguijonazos de dolor sordo y punzante, intenso y continuado, que además se agrava por la sorpresa y el desconcierto cuando caigo al suelo.

Ni siquiera tengo tiempo a ponerme en pie. Un pitido estridente anula mis sentidos y, de pronto, Eris me agarra del cuello volviendo a dejarme sin aire. Me pone de pie, me da la vuelta y me empuja contra el poste.

El asco se entrelaza con el dolor y el terror cuando siento sus manos levantando la falda del vestido, tomando, avasallando y explorando sin permiso.

No pensé en Amita la noche del adoratorio. No quise mancillar ningún recuerdo que tuviese de

ella cuando estaba sufriendo algo tan horrible.

Ahora, sin embargo, me aferro con fuerza a cualquier pensamiento.

Noto cómo Eris se deshace de mi ropa interior.

Escucho el ruido tintineante de su cinturón al desabrocharlo.

Cierro los ojos y pienso en ella: en su cabello castaño, en sus ojos marrones. Pienso en esa sonrisa que espero volver a ver algún día.

Tal vez, tal vez... en otra vida. Eso le dije yo al despedirnos.

Fuera de la Orden, solas, para nosotras no existía más que la hoguera.

El fuego, sin embargo, no parece ahora tan terrible; mucho menos si habríamos de morir después de haber vivido libres un poco más. ¿Habrían sido años? ¿Meses? ¿Nos habrían atrapado en días? Quién sabe. Un solo minuto se me antoja ahora como un sueño.

Quizá, me digo, fuese una cobarde. Tal vez el miedo no me dejó ver que un solo segundo habría valido la pena.

Y ya es tarde.

Amita me sonríe.
Tiene la boca grande, el labio superior más fino que el inferior y los dientes, si sonríe mucho, como ahora, ligeramente torcidos, con un huequecito minúsculo entre ambas paletas. Apenas se nota, pero a mí me gusta.

Desliza una mano por mi mejilla, y me doy cuenta de que me aparta el pelo de la cara: *mi pelo*. No el de Lira, sino el real. Y entonces comprendo que estoy soñando.

Me aferro al sueño, a esa sonrisa, a la sensación de su palma cálida contra mi piel. Amita me mira como si fuera una aparición, algo divino plantado frente a ella, y reconozco esa mirada, esa expresión que prendió algo en mí. El sueño es un recuerdo; uno de los mejores.

Amita acaba de mostrarme cómo es en realidad, y me ha dicho que le gustaría verme tal y como soy yo.

No temblé cuando nos envenenaron en la Orden. Todos los Cuervos que aspirábamos a convertirnos en Lira fuimos puestos a prueba, nos enfrentamos a la muerte y, sin embargo, solucioné aquel desastre sola y sin una sola vacilación. Tampoco temblé cuando me encerraron y me interrogaron durante días al creer que una de nosotras había atacado a otra por una rivalidad.

Me he enfrentado a terrores terribles y, no obstante, nunca me he asustado tanto como cuando le muestro a Amita quién soy.

Luego, ella deshace el miedo con una sonrisa.

Y entonces despierto.

La luz trae consigo una sensación opresiva en el pecho, como de desgarró. Intento quedarme en el sueño, seguir abandonada a la inconsciencia, en ese reino donde todo es posible: incluso volver a estar con Amita.

Pero la claridad es persistente, me hiere en los ojos a través de las cortinas, y la luz, que debería ser portadora de paz, arrastra consigo un terror profundo. El corazón se me acelera en cuanto abro los ojos y lo peor es que tardo un rato en comprender por qué.

La noche que pasé ayer con Eris me golpea con fuerza; tanta, que tengo que ponerme en pie para correr al baño y vomitar lo poco que me quedaba en el estómago.

En el espejo me doy cuenta de que no llevo el rostro de Dana; tampoco el de Lira. Dos ojos grises y almendrados me devuelven una mirada enrojecida, con profundas ojeras violáceas.

Pocas veces he cambiado sin querer. Hubo una, la peor, cuando la Lira real dejó de comer por la enfermedad y a nosotras nos privaron también de comida para que nuestros cuerpos experimentaran el mismo proceso. Durante un entrenamiento me desmayé y cambié. Y después,

mi tutora, Alya, me castigó por haber perdido el control.

Cambio rápidamente a la forma de Dana, con el recuerdo de ese dolor, de ese miedo, entremezclado con uno nuevo.

Todo el cuerpo me duele y al desnudarme compruebo que ya empiezan a notarse algunos de los golpes: un ojo amoratado que va a ser muy difícil de ocultar, el labio hinchado y partido y las marcas violáceas en las muñecas y el cuello, las costillas, los muslos...

Me lavo como puedo y, mientras tanto, pienso en advertir al pajarillo; enseñarle cómo han quedado mi rostro y mi cuerpo, para que pueda imitarlos y Eris no se dé cuenta del cambio. Me visto y me calzo a duras penas, pero no llego a salir. Me quedo frente al modesto tocador, al espejo mal pulido donde mi reflejo se distorsiona en algunos lugares.

Me imagino contándole a ella lo que ocurrió y me arden los ojos: de rabia, de impotencia.

Podría haber salido de otra manera. Podría haberle enseñado la nota, haber dejado que ella hiciera su trabajo; pero tuve que tomar las riendas. Tuve que presentarme en ese cuarto.

Decido no ir a buscarla.

Adopto la forma de una mujer anónima y bajo a las cocinas como una sirvienta más para hacerme con algunos ingredientes para una cataplasma que alivie el dolor intenso de los golpes y otros para un tónico anticonceptivo.

Durante unos días, no vuelvo a salir de mi cuarto con la forma de Dana.

Por el día aguardo en cama a que el dolor cese y las marcas desaparezcan; cuando la ira me invade, me repito que todo es por un *Bien mayor* e intento deshacerme de la sensación de las manos de Eris sobre mí. Los recuerdos me asaltan, recuerdos de otras órdenes, otras misiones, e intento dominarlos, intento confiar.

Por las noches me deslizo por los corredores mal iluminados, las cocinas donde siempre hay cuchicheos y las caballerizas tan concurridas últimamente, cuando siempre hay soldados entrando y saliendo del palacio. Y así descubro *secretos* de los que los Cuervos no deben ser conscientes.

Algo ocurre con las revueltas. No parecen hechos aislados como quiere hacer ver Eris. Solo los sirvientes y algunos soldados parecen conscientes de que la plácida mansedumbre de los erenitas ha llegado a su fin.

Escribo una carta para la Orden. Aunque la comunicación en ambos sentidos, cuando ya se está reemplazando a alguien, no es habitual, tengo formas de hacérsela llegar. Sé que quien entrega los mensajes es un muchacho de las cocinas que hace de recadero y que puede andar yendo y viniendo de un lado a otro.

Sin embargo, la carta acaba consumida junto al fuego del hogar y los Cuervos nunca llegan a recibir la advertencia, porque yo no deseo mandarla.

Ya he sufrido antes a causa de la Orden, a causa del *Bien*; ese Bien por el que debemos hacer lo que hacemos, por el que debemos renunciar a nuestras vidas, a nuestro *amor*. No obstante, esta vez la rabia es más intensa, más peligrosa. La siento anidando en mi interior, revolviéndose,

arañándome las entrañas y preguntándome: *para qué, para qué, para qué...* sin dejarme descansar.

Apenas hago nada además de pensar, y cuando me quedo dormida sueño con Amita. Otras veces sueño con Eris y en los peores sueños ambos aparecen juntos. Amita es descubierta y Eris la manda quemar en la hoguera. Es él mismo quien prende la madera en la que arderá y yo no puedo moverme, no puedo gritar, no puedo salvarla. Estoy encerrada dentro del disfraz, obligada a mirar y a aplaudir mientras ella muere.

Por eso, cuando unos días después llega otra misiva con la insignia de un cuervo, una parte de mí se alegra de haber recibido una orden. Estoy cansada de pensar, de hacerme preguntas y de perderme en recuerdos que sé que no volverán jamás.

Al descubrir mi misión, no obstante, cambio enseguida de idea.

La nota es corta, exigente, y no deja lugar a dudas:

La paz del reino de Erea depende de que el soldado Tristan de la guardia real muera en las próximas horas. El veneno no es una opción.

Me deshago con rapidez de la misiva y me visto para ocultar las marcas: manga larga y maquillaje abundante que, a pesar de todo, no es capaz de tapar el ojo amoratado e hinchado.

No tengo mucho tiempo para prepararme, recabar información sobre Tristán o sus debilidades.

No puedo preguntarme qué ha hecho para merecer la muerte.

Lo localizo y actúo.

Debo interceptarlo en una ronda, cambiada en una forma sin nombre: una mujer que conocí hace tiempo en Isla de Cuervos, un rostro que los guardias nunca antes han visto y nunca más volverán a ver.

El palacio se ha llenado de agitación desde que Eris ha regresado de sofocar una de las revueltas. Así que procuro ser rápida para no dejarme ver por demasiados ojos. Busco a Tristán y lo encuentro patrullando junto a un compañero con el que parece compartir alguna broma que ríen en voz baja, y hablo con seguridad:

—Soldado Tristán, se requiere su presencia en los aposentos reales inmediatamente.

Me doy la vuelta enseguida, como si no contemplara que él replicase.

—¿En los aposentos? ¡Espere! ¿Quién requiere mi presencia? ¿Y quién es usted?

Giro el rostro sin detenerme, y esbozo una sonrisa forzada.

—Su majestad el príncipe heredero Eris —respondo como si fuera evidente, con voz tensa—. A mí me envían para llevarlo con él.

Tristán frunce el ceño. No se mueve y eso me obliga a mí a detenerme también, a varios metros de los soldados. Durante unos momentos pienso que no va a caer en la trampa y que voy a tener que matar también a su compañero.

Serían daños colaterales, me sugiere una voz afilada, fría, entrenada hasta la extenuación para recordarme siempre por qué hago esto.

No hay nada más importante que la misión: ni vidas humanas, ni la tuya propia. Antes era mi mentora quien lo repetía. Ahora, el tiempo y los remordimientos han hecho que la voz sea ya mía.

Cruzo las manos frente al regazo, como si estuviera impaciente, y mis dedos acarician el filo de la daga que llevo oculta bajo la manga.

Pero Tristán suspira, se gira hacia el otro soldado y murmura:

—¿Qué demonios querrá a estas horas?

—Ve —le sugiere—. No lo cabrees.

Tristán echa a andar, yo abandono la daga, ligeramente aliviada, y camino con rapidez hacia una de las salitas de recreo que a estas horas se encuentra vacía.

Cuando me detengo y empujo la puerta, el soldado se queda fuera.

—¿No ha dicho que me espera en los aposentos reales?

Le dedico una sonrisa templada.

—Pase, por favor.

Sostengo para él la puerta de la estancia oscura y el corazón me empieza a latir más fuerte cuando obedece.

—¿Dónde está? —pregunta, impaciente.

—Por los pasadizos —le digo, sin dudar, y le hago un gesto con la mano—. Junto a la librería, por favor.

Tristán resopla y se dirige al otro lado de la estancia, al lugar que le señalo, sin que la falta de claridad parezca molestarlo.

Cuando llega a la puerta que está decorada como si fuera una parte de la pared, la mira con hastío.

—Ábrala, se lo ruego—le pido, dulce—. Lo hará más fácilmente que yo.

El soldado vuelve a soltar un suspiro de resignación, sonoro y profundo, y busca la forma de empujar la pesada puerta.

—Esto es ridículo —opina, mientras hace fuerza—. Si es el rey quien me ha llamado, no veo por qué tengo que usar los pasadizos.

—Es importante que el asunto que va a tratar se mantenga en el más estricto de los secretos —susurro, fingiendo tranquilidad.

El corazón ya se me ha disparado y debo mantener las manos cruzadas frente al regazo porque los dedos me tiemblan y me piden adelantarme y reaccionar.

No lo hago. Aguardo, paciente, lo que parece una eternidad, mientras se adentra en el pasadizo y busca alguna antorcha que podamos prender.

—Está demasiado oscuro —dice, sin detenerse—. ¿Conoce bien estas galerías? Sin luz no creo que...

Dejo de escuchar. Desenfundo la daga atada a mi muñeca, la aferro con fuerza, me adelanto dos pasos e ignoro el tirón doloroso en mis propias costillas cuando alzo un brazo para agarrarlo

del hombro con una mano y, con la otra, le hundo la daga en el costado.

Tristán deja escapar un sonido estrangulado, entre la sorpresa y el dolor; pero es un soldado entrenado y el instinto le hace reaccionar. Se gira hacia mí con la mano en la empuñadura de la espada y está a punto de desenvainar cuando le atravieso el pecho con la daga: directa al corazón.

Su mano queda blanda sobre la espada, sus ojos abiertos de par en par cuando comprenden que están mirando el rostro de su asesina... aunque eso no sea exactamente cierto.

La mano me tiembla un poco cuando lo veo caer y se desploma como un muñeco sin vida, el esqueleto de una escultura vacía. Casi espero verlo romperse en mil fragmentos de yeso y mármol, deshacerse en polvo blanco, y cuando nada de eso ocurre una sensación retorcida y amarga me encoge el pecho.

Lo veo ahí tirado, sin vida, cuando hace solo unos minutos reía con su compañero. Si no fuera por mí, habría terminado la ronda y se habría marchado a dormir. Quizá le esperase alguien en sus aposentos, o tal vez planeara dormir hasta la hora del almuerzo. Su vida habría continuado y este cuerpo vacío habría seguido lleno de posibilidades, de esperanzas, de sueños... también de dolor y de miedo, pero habría estado vivo al fin y al cabo.

Me doblo sobre las rodillas y vomito en una esquina.

No hay nada más importante que la misión: ni vidas humanas, ni la tuya propia, me repito.

Es mi voz, y es la de mi mentora, la de todos los instructores de la orden, la de todos los Cuervos que fueron mis rivales.

Me yergo, arrojo allí la daga ensangrentada y salgo del pasadizo antes de encerrar allí al cuerpo de Tristán.

Ya he cambiado, para que nadie vea por aquí el rostro de la asesina; pero aún no me he limpiado las salpicaduras de sangre de la falda cuando, tras advertir al recadero de los Cuervos sobre el cuerpo en los pasadizos, otro sirviente me intercepta camino de mis aposentos. Es el jefe del servicio.

—Por fin. —Me agarra del brazo y el recuerdo de los dedos de Eris clavándose en mi piel me provoca una punzada de dolor—. La hemos estado buscando. Necesitamos a la princesa.

El hombre me asalta con la misma insistencia con la que he abordado antes a Tristán. Me empuja con la misma necesidad acuciante. Pero yo no me dejo arrastrar.

—¿Qué ocurre? —pregunto, afable pero firme. No puedo salirme ahora del papel de Dana.

—Su majestad el príncipe Eris la necesita. Iba a llamarla yo mismo, pero será mejor que le dé usted el recado. Vamos. Apúrese.

Una risa seca, desquiciada, brota de mi garganta. El destino debe de tener un sentido del humor muy macabro. La situación se parece demasiado a la excusa que he inventado solo unos minutos antes para llevarme a solas a Tristán.

—Señorita —me amonesta el sirviente, rojo de rabia—. ¿Qué le hace tanta gracia?

Sacudo la cabeza y me recompongo.

—Disculpe. Buscaré a la princesa ahora mismo. ¿Qué debo decirle cuando pregunte? —inquiero, arqueando las cejas en un gesto confidente—. Porque tenga claro que preguntaré. No es habitual que el príncipe la haga llamar a estas horas y con estas prisas.

El sirviente sacude la cabeza y me pone las manos sobre los hombros. Debe de estar muy impaciente para tomarse tantas confianzas con la doncella de la princesa.

—No debe saberlo —replica—. No lo necesita para cumplir con lo que le piden. Los guardias ya se dirigen a sus aposentos para escoltarla.

—¿Los guardias? —inquiero, echando a andar.

—Deje de preguntar cosas que no le incumben —me espeta y yo desisto.

Me libero de sus manos y me alejo un poco de él.

—Está bien —digo, fingiéndome conmocionada—. Me apresuraré.

Salgo de allí rápidamente y me aseguro de que no me sigue para que cumpla con mi cometido cuando doblo una esquina y aguardo. Un instante después, me escabullo en los departamentos de los criados.

Lo que voy a hacer es arriesgado, pero necesito información y el movimiento acelerado que ha tomado de pronto el palacio me beneficia. Mañana nadie le dará importancia al recuerdo borroso

de un hombre al que vieron vestir dos atuendos diferentes o a un par de conversaciones rápidas en medio del caos.

Busco la lavandería y robo las ropas de un muchacho de mi estatura. Luego, adopto la forma del sirviente que no ha querido contarme nada, meto el cabello dentro de una gorra que lo cubre por completo y doblo el vestido con la sangre en un fardo.

Soy algo más pequeña que él, no puedo fingir las arrugas que para él ya son visibles alrededor de las comisuras de los labios y los ojos, y el pecho es difícil de ocultar incluso bajo esta ropa holgada, pero no necesito nada muy elaborado; solo algo creíble durante un rato.

Fuera, detengo a un lacayo que corría escaleras arriba.

—Eh, usted, vuelva aquí.

El chico se tensa en cuanto me escucha.

—Señor —me saluda—. Iba a...

—Eso puede esperar. —Le hago un gesto para que vuelva atrás, baje los escalones que ha subido a la carrera y se acerque a mí—. Cuénteme qué sabe de la situación.

—¿Señor...?

—Eris. La princesa.

El chico sacude la cabeza, confuso.

—Nada nuevo desde que los soldados han vuelto.

—Cuéntemelo.

Él abre la boca y la vuelve a cerrar.

—Han apresado a la capitana Nírida con los rebeldes y el capitán Kirian ha desaparecido. Creen que luchan con los Lobos y dada la estrecha relación que mantenía la princesa con ambos parece que el heredero se pregunta si ella también estaba implicada. —Baja un poco el tono de voz—. ¿Usted cree que ella...?

Me quedo sin aliento. ¿Con los Lobos?

Dejo escapar una maldición que sorprende al chico.

—Disculpe. No me atrevería a insinuar que es una traidora. Solo me preguntaba si... —empieza, atropelladamente.

Hago un gesto vago con la mano.

—No se moleste. Son dudas lógicas, dada toda la situación, ¿verdad? Yo también me lo pregunto. No solo ahora. Si le soy sincero, llevaba días escuchando rumores.

Parpadea, ligeramente confundido, y le doy tiempo. Sé que sabe algo más. Lo veo en esos ojos asustadizos. Sin embargo, le tiene demasiado miedo al jefe de sirvientes como para decir nada, y hace un rato que me mira directamente a la cara, a estos rasgos que no son exactamente iguales a los de la persona que le da órdenes todos los días. Así que le entrego el vestido que llevo entre las manos.

—Está bien. Lleve esto abajo con la basura y después cumpla con sus obligaciones.

—¿Con la basura?

—Asegúrese de que lo tiran y no comente esto con nadie.

—Sí, señor... —responde, vacilante, tomando el fardo entre los brazos.

—Usted y yo no hemos hablado esta noche. De lo contrario, nuestra conversación podría ser considerada alta traición. ¿Lo entiende?

—Sí... Claro.

Dejo al chico confundido y desaparezco con rapidez. No tengo mucho tiempo y aún debo hacer un par de averiguaciones más.

Corro hacia los aposentos de Dana y de camino le digo a una muchacha que avise a los guardias que ya habrán llegado a la habitación de Lira. *Que no entren hasta que Dana llegue*, le digo.

Adopto la forma de Dana, pero no voy al encuentro del pajarillo todavía. Necesito un par de intentos con otras doncellas con las que he estado construyendo una red estos días hasta que doy con lo que quiero, hasta que encuentro un hilo del que tirar y descubro las preguntas correctas que he de hacer.

—Los soldados dicen que los rebeldes ejecutados gritaban el nombre de la princesa antes de morir.

—¿Cómo? ¿La maldecían acaso? ¿Era un insulto? —pregunto yo.

La chica sacude la cabeza.

—Un cántico de guerra, señorita; una proclama.

Mierda. Mierda. Mierda.

—Ya veo —respondo, con una calma que no siento—. Gracias.

Voy a marcharme y la chica duda antes de dejarme ir.

—¿Usted sabe si...?

—Oh, no —respondo, con una sonrisa—. La princesa no sabe nada de esto, se lo aseguro.

Ella asiente, pero no me creo ni por un segundo que la respuesta la satisfaga. Dana mentiría. Lo haría porque si cortaran el cuello de la princesa la siguiente en morir sería su doncella personal.

Para cuando llego a los aposentos de Lira, dos guardias ya esperan fuera, impacientes.

—Un minuto, señores —les pido, con afabilidad, y tomo aire con fuerza.

La situación se ha torcido rápidamente. Si esto se desarrolla de la manera equivocada Eris podría ejecutar al pajarillo.

Llamo a la puerta quizá con demasiada insistencia y digo, en voz alta para que me escuche desde el otro lado:

—Princesa, el heredero requiere su presencia.

Oigo pasos y al cabo de unos instantes la puerta se abre con violencia. El pajarillo me recorre rápidamente con la mirada, sus ojos se ensanchan y una expresión parecida a la compasión se forma en ese rostro que no ha debido de mostrar algo similar nunca.

Me agarra por la muñeca y tira de mí con fuerza antes de cerrar la puerta tras nosotras. El

movimiento me arranca una punzada a la altura de las costillas y me hace encogerme un poco.

Ella se da cuenta. Claro que lo hace. Está entrenada, como yo, para advertir hasta el más mínimo cambio en un gesto, en la inflexión de la voz...

—¿Qué has hecho? —sisea.

Odio la forma en la que me mira.

—Hice lo que creía que tenía que hacer en ese momento.

El pajarillo traga saliva.

—¿Y ahora? ¿Qué crees ahora?

Abro la boca. Estoy a punto de responder con rabia, de dejar que algo oscuro y rojo y retorcido suba por mi pecho y trepe por mis costillas, se aferre a la tráquea y salga para convertirse en odio.

Pero no lo hago.

—¿Crees que esto me importa? —Me señalo el rostro—. No sabes nada, pajarillo. Ni sobre mí ni sobre tus amigos. ¿Sabes por qué requiere el príncipe tu presencia?

El rostro de Lira empalidece. Los quiere. Debe quererlos de verdad.

Tonta. Tan tonta y... sin embargo, la entiendo, y la envidio profundamente.

—¿Qué ha ocurrido?

—No tienes ni idea, ¿verdad? Han apresado a la capitana Nírida por haber confabulado con el enemigo.

—¿Dónde la tienen?

Está aterrada. Maldita sea. Tiene miedo de verdad y de pronto la expresión de ese rostro que he visto tantos días en el espejo me recuerda que una vez yo también temí así por Amita, que yo también tuve pavor de perderla y no volver a encontrarla nunca cuando me dijo que la habían destinado lejos de la Orden; lejos de *mí*.

Siento que me falta el aire.

—La han metido en las mazmorras de palacio —contesto, y me doy cuenta de algo. Está tan asustada...—. ¿No vas a preguntarme por tu capitán?

Sus ojos se abren aún más. Sus nudillos se crispan cuando su labio inferior tiembla ligeramente. Debe pensar que soy una persona terrible. Bien. Que lo piense.

—¿Está...?

—Desaparecido. No hay ni rastro de él. Cuando apresaron a Nírida las alarmas saltaron y esperaron verlo también a él en la revuelta, pero no estaba.

—Tú tampoco tienes ni idea de dónde está, ¿a qué no? —Espera a que sacuda la cabeza y después cierra un instante los ojos—. Es cierto que no sabes nada... ¿Y qué desea el príncipe?

—Averiguar qué sabes, supongo. —Me señalo la cara—. ¿Quieres imitar esto?

—Me vio después de haber estado contigo, y solo le sorprendió lo bien que había ocultado los golpes.

Se me escapa una carcajada que resquebraja ligeramente los muros, se tambalean y están a

punto de venirse abajo al mismo tiempo que me vendría abajo yo.

El pajarillo tensa los labios.

—Me cuesta ver honor en todo esto que estamos haciendo —escupe.

Me tiemblan las manos, las piernas. Me tiembla todo el cuerpo mientras algo en mi interior lucha por gritar que yo tampoco lo veo.

Sin embargo, ella abre la puerta y desaparece con los guardias y yo me quedo sola en la habitación, con mil ideas distintas zumbando en mis sienes; mil remordimientos, mil reproches, mil preguntas...

Para qué, para qué, para qué...

Espero a que mi corazón se calme, a que mis piernas vuelvan a funcionar, y regreso a los oscuros aposentos de Dana para intentar dormir y dejar de pensar.

Esta vez es Elián quien aparece en el sueño. Me tiende la mano para ayudarme a ponerme en pie, igual que hizo aquella vez tras la tortura a la que me sometieron por haber dañado a otra aspirante a Lira, al pajarillo, que por aquel entonces era su mejor amiga.

Incluso en eso ella tenía más suerte que yo. Su mentor, Brennan, era tan duro como lo era Alya conmigo, pero al menos ella tenía a sus compañeros: un Alex que estaba loquito por ella aunque no se diera cuenta, un Elián que lo habría dejado todo para tomarla de la mano y sentarse a su lado hasta que pudiera ponerse en pie.

Por eso se sentó aquel día conmigo; porque cuando lo miré extrañada y no tomé su mano pensó que no podía ponerme en pie y decidió sentarse a esperar.

Pensó que era ella.

No me di cuenta al instante, tuvimos que hablar un rato, hasta que sus cejas se arquearon mucho, hasta que sus ojos azules parpadearon con la sorpresa, para comprender que Elián se había confundido: no sabía con quién estaba hablando.

No sabes quién soy, ¿verdad?, le pregunté, con un dolor que aquella vez no me molesté en ocultar.

Ahora lo sé, respondió. *Perdona. Te he confundido con mi Lira.*

Recuerdo que sus palabras se quedaron atoradas en algún rincón de mi caja torácica. *Mi Lira.* Yo quería ser la Lira de alguien. Quería que me miraran como él miraba a su amiga.

No me enfadó. No odié a Lira Brennan más por aquello. Le tenía envidia, sí, pero también descubrí que si alguien era capaz de quererla como lo hacía Elián debía tener algo bueno, algo que quizá yo no tuviera.

Tal vez por eso no me marché. Tal vez esa fuera la razón de que no lo mandara a paseo. Supe que él se quedaba conmigo por pena, por remordimientos por haber sido amable solo al creer que era otra persona... Pero no me importó. Dejé que me acompañara, que me preguntara, que hiciera bromas e intentara arrancarme una sonrisa.

Así fue como hice a mi primer amigo, sin contar con Amita, que era mucho más.

En el sueño Elián vuelve a tenderme la mano y esta vez quiero dársela, quiero ponerme en pie y huir de aquí, de la oscuridad pastosa que se aferra a mis tobillos, que me araña las piernas y me susurra al oído que todo esto no sirve para nada.

Pero yo no puedo moverme. El brazo no lo alcanza y Elián se desvanece en la negrura antes de que yo abra los ojos.

El corazón me late desbocado.

Una sensación terrible me oprime las entrañas y me levanto prácticamente dando tumbos.

Algo va mal, algo va mal, algo va mal... repite una voz en mi cabeza, y yo no puedo hacer más que arrastrarme al baño y vomitar la cena.

Descubro, en mi reflejo, mis propios ojos de nuevo; me miran como si me retaran y algo en mi interior late con una furia desposeída, recorre mis venas e infecta mi sangre, lo absorbe todo hasta que alzo la mano y la palangana que uso para limpiarme sale despedida para reventarse contra la pared, convertida en astillas de porcelana y polvo pálido.

Una sensación de alivio me inunda al instante; un alivio mucho más poderoso que el miedo que suelo sentir cuando dejo que la magia que hay en mí fluya libre.

La primera vez estaba con Amita.

Un beso, cuando acepté que aquel secreto entre las dos era lo único que me importaba en el mundo, despertó algo dormido.

Entre beso y beso había dejado de importarme que mis sentimientos fueran un motivo más para enviarme a la hoguera. Aquel día nos reunimos en el bosque, lo más lejos que pudimos de la Orden. Ambas con nuestras verdaderas formas, enredadas en un beso que estaba yendo más allá, mucho más que otras veces. Amita me sostenía el rostro con las manos, hasta que lo abandonaron para deslizarse por mis costados, mis brazos, mi cintura y mi cadera, y cuando sus dedos vacilantes se deslizaron hacia el centro de mi cuerpo y más abajo, algo cayó sobre nosotras.

Primero fue suave, una molestia que ignoramos; pues teníamos algo más importante entre manos. Pensé que sería una hoja perdida, la pluma de algún pájaro al que hubiésemos ahuyentado. Después, esa sensación de estar bajo una nevada cálida creció y ambas nos separamos para abrir los ojos, mirar arriba y descubrir que decenas de flores violáceas caían sobre nosotras.

No lo entendimos. No nos importó.

Después, ocurrió una segunda vez, y una tercera. No siempre eran flores. La magia se manifestó de otras formas: una tormenta que amainaba de pronto, un río cuyo caudal crecía sin aviso, un fuego que se avivaba inesperadamente... y siempre que ocurría estábamos juntas.

Amita empezó a bromear diciendo que la una al lado de la otra albergábamos magia.

Yo fingía que esa idea tan azucarada me empalagaba, pero en secreto adoraba el significado.

Ambas comprendimos con el tiempo que la magia sí era real, y sí era nuestra; pero no funcionaba exactamente así. Si solo ocurría cuando estábamos juntas era porque solo entonces podíamos ser nosotras mismas.

Observo lo que queda de la palangana hecha añicos en el suelo, camino hasta la chimenea de la habitación y dejo que mi magia prenda el fuego.

La sensación de dejarla fluir, de hacer que sea libre, me hace sentir libre también. Me recreo en esa tranquilidad, en la apacible calidez que noto al ver el fuego nacer y arder.

Y después me obligo a volver a la forma de Dana.

La transformación me duele. Es físico y lacerante; un dolor agudo en el pecho cuando la magia queda encerrada y dominada por esta forma que no me pertenece.

Las voces que me preguntan *para qué* regresan, traen consigo el recuerdo del último aliento estrangulado de Tristán, de la impunidad del sacerdote y del tacto atroz de las manos de Eris... y yo aprieto los nudillos y me resigno.

Acallo las voces, las acallo una y otra vez, y apenas soy consciente del resto. Me fuerzo a andar, a comer, a respirar. Me fuerzo a seguir viva, a seguir avanzando, mientras procuro no pensar.

Trato de ver al pajarillo y asegurarme de que su cabeza sigue sobre sus hombros; pero no me permiten visitarla y yo no tengo fuerza para hacer averiguaciones.

El tiempo adquiere un matiz extraño hasta que me llega una carta, no sé muy bien cuándo, y vuelvo a descubrir la insignia del Cuervo.

Mis manos la toman y están a punto de arrojarla al fuego antes de abrirla, pero una parte de mí se niega. Se niega porque hacerlo ahora significaría reconocer que nada de lo que he hecho, ninguna de las cosas terribles y grotescas, ha servido para nada.

Una vez más. Una vez, me digo.

Y abro el sobre. Y leo la orden:

La doncella Briseida debe morir. El veneno no es una opción.

Los guardias custodian los aposentos de Lira cuando paso por delante. Me doy cuenta de la agitación que aún vive el palacio. Tal vez, por las revueltas en las que se ha visto involucrada una de las capitanas del ejército. Quizá por los rumores que circulan acerca de la participación en las mismas de la prometida del heredero.

Luego, me digo. Luego me enfrentaré a ello.

De todas formas, el jaleo me viene bien.

Esta vez, no adopto otra forma y me quedo con la de Dana. Pensar en la transformación me duele demasiado. Si ya es difícil portar este disfraz, no quiero pensar en lo que significaría transformarme en otra persona distinta; una a la que no conozco y nunca conoceré, una que no tiene nada que ver conmigo.

Soy imprudente, y me da igual.

Conozco a Briseida. Aunque nunca hemos cruzado más que un par de frases, siempre ha sido agradable conmigo. Sé que lleva en la corte de Erea un año más que yo, que sirve a una dama muy bien posicionada, y que nadie le ha reprochado nunca nada suficientemente grave como para que haya llegado a mis oídos a través de los cotilleos a los que siempre estoy atenta.

No imagino por qué la quieren muerta.

Tal vez haya visto algo que no debía contemplar o haya escuchado algo que no deba salir de sus labios.

No la encuentro enseguida. Es tarde y está ocupada con sus labores, me dicen. Así que espero, pero no lo hago quieta. No. No puedo detenerme, porque si lo hago los pensamientos vuelven: Tristan, el sacerdote, Eris e incluso mi mentora, los instructores de la Orden, el resto de los Cuervos... Así que no me detengo y deambulo como un alma en pena hasta que Briseida acaba sus cometidos y enfila el pasillo de vuelta a sus aposentos.

La sigo a través de las escaleras, durante el siguiente corredor, giro cuando lo hace ella y no me paro hasta que ella también se detiene, se vuelve de pronto y debo esconderme.

Se ha dado cuenta. Me ha oído seguirla, aunque estaba siendo cuidadosa.

Así que tomo una decisión.

Finjo estar corriendo, y sin aliento, y salgo a su encuentro.

—¡Briseida! —canturreo—. ¡Por fin! Llevo una eternidad tratando de alcanzarla.

Briseida, un poco sorprendida, suaviza su expresión. Lleva un sencillo vestido verde y pálido y el pelo rubio recogido en la nuca, aunque varios mechones han escapado del peinado y enmarcan su rostro.

—Dana —me saluda. Se acuerda de mí—. ¿Necesitaba algo?

—Hablar con usted —contesto, con un gesto dubitativo—. Debe de haber escuchado los rumores sobre mi señora. Necesito su ayuda.

La facilidad con la que las mentiras escapan de mi boca es absurda. El tono impostado nace solo, también el gesto compungido. Soy otra persona, otra muy distinta a mí misma mientras actúo sin pensar. Cada movimiento, cada frase, cada respiración... las hace alguien por mí. No yo.

—No veo cómo podría ayudarla —responde, con timidez.

Y mi cuerpo sigue actuando, hablando, inventando... Me veo a mí misma hacerlo. Me veo salir de mi cuerpo y observar desde fuera cómo la convenzo, cómo Briseida accede a llevarme a sus aposentos sin tener ni idea de que está metiendo al zorro en el gallinero.

La sensación es aterradora, y me obligo a centrarme. Me clavo las uñas en la palma de la mano, me muerdo los labios hasta que sangro y el dolor me ancla.

Briseida me ofrece una copa y yo estoy a punto de negarme cuando me doy cuenta de que eso me concede unos instantes muy valiosos, y acepto algo de beber.

Se da la vuelta frente a una mesita en la sala de estar y empieza a trabajar.

—¿Qué ha ocurrido, exactamente? —quiere saber—. ¿Está usted bien?

Se me encoge el corazón cuando pienso en que la preocupación en su tono, incluso si apenas me conoce, es real. Pero sigo decidida a no pensar, a no cuestionarme nada. Improviso una respuesta vaga, que le haga seguir hablando, distraída, y me vacío.

Una escultura de piedra, un bloque de hielo, una hoja en blanco. Eso soy mientras doy un paso adelante, desenfundo mi daga y prometo en silencio que seré rápida.

Le pongo una mano en el hombro, para degollarla por detrás con la otra. No obstante, no llego a hacerlo porque Briseida apoya una mano sobre la mía, la aprieta y se gira hacia mí con una

fuerza inesperada; tanta, que con un solo golpe en mi muñeca arroja mi daga al suelo.

La doncella intenta contenerme. Es más alta y me agarra por los antebrazos con insultante facilidad, pero yo soy rápida. Me deshago de sus manos para darle en el costado y ella se repone para girarme el rostro con un derechazo que me hace ver las estrellas.

La acción y el movimiento sirven para mantenerme aquí, ahora, y me doy cuenta de lo fácil que es dejarse llevar, de lo sencillo que resulta encadenar golpe tras golpe como si esto no fuera más que un entrenamiento de la Orden, como si el resultado de todo esto fuera una clasificación más en las pruebas y no una condena a muerte.

No barajo esa posibilidad. No me permito ser consciente de ella.

Agarro a Briseida del pelo y ella grita, se revuelve y me arroja al suelo de una patada que me barre las piernas.

Me agarra del cuello. Aprieta.

Y escucho en mi cabeza una voz vieja y joven al mismo tiempo, profunda y suave, arenosa y dulce:

Para.

Le doy un rodillazo en el estómago, y sus fuerzas flaquean, pero no consigo liberarme. La alcanzo de nuevo y ella me devuelve el golpe en la mandíbula, ajena a la voz que vuelve a hablar, esta vez más alto:

Para.

Pero yo no me detengo. No pienso.

Golpe tras golpe la pelea se acerca a su final.

Briseida se retuerce y se estira y aunque yo trate de impedírselo, ella logra agarrar la daga que he dejado caer.

¡Para!, grita alguien, o algo.

Giro la cabeza a un lado, hacia ese marco atemporal, hacia esa línea entre este mundo y el siguiente. Allí, suspendida en el abismo de lo imposible, una criatura alargada, de huesos estrechos y apariencia terrible, me mira con dos ojos que son la oscuridad.

Y sé que es Erio, la muerte.

Briseida alza la daga, sin ser consciente de la criatura oscura que ha venido a por mí. Yo alzo mi mano para detenerla y apenas logro frenarla unos instantes en los que me pregunto si sería tan malo dejar que lo hiciera.

No habría más misiones, más órdenes. No habría más *dolor*.

Una daga que acabe con todo, una muerte que me libere al fin.

Mi muñeca flaquea. El acero se cierne sobre mí.

Si lo haces, no la volverás a ver, me advierte entonces Erio.

Y algo estalla en mi pecho.

Pienso en Amita, en su sonrisa y en todo lo que estaría dispuesta a dar para volver a verla una última vez más.

Hago fuerza. Freno la mano de Briseida. Alzo la rodilla y le doy un golpe en el estómago que apenas la alcanza, pero es suficiente para quebrar su concentración. Suelto el brazo que me amenaza un instante y, antes de que la daga me alcance, le doy un golpe en el mentón. Me contorsiono, suelto un grito ahogado por el esfuerzo, porque mi cuerpo aún sigue resentido por la paliza de Eris y logro salir de debajo de ella.

Esta será la última. Después de Briseida, se acabó.

Buscaré a Amita. La encontraré, la convenceré para huir juntas.

Consigo poner a la doncella contra el suelo. Aprieto sus hombros con fuerza para que no se mueva.

Tuvimos una oportunidad, cuando una de las rivales de Amita fue elegida para la suplantación y a ella la reasignaron.

Supimos que no volveríamos a vernos y ella me preguntó a qué estaría dispuesta para que eso no fuera así.

No tuve valor para responder la verdad.

No fui valiente para imaginar una vida sin la Orden.

Pero ahora sí lo soy.

Le doy un golpe que la deja aturdida y blanda, le arrebato la daga de la mano, la aferro con fuerza y la levanto.

Para, vuelve a susurrar Erio en mi oído.

No tengo tiempo para preguntarme por qué la muerte sigue diciéndome que no me deje matar, si ya he decidido vivir.

Una última vez, le digo. *Déjame vivir para que pueda verla una última vez más*, le imploro.

Trato hecho, hija de Mari, murmura con esa voz hecha de eternidad y pesadillas, y mi mano encuentra la fuerza para liberarse de su agarre y apuñalar a Briseida en el corazón.

Sus ojos se abren mucho un instante, sus manos se quedan flojas y caen a ambos lados del cuerpo. La sangre empieza a brotar de la herida.

Y entonces Briseida empieza a *cambiar*.

Su cabello rubio se torna castaño, sus ojos se vuelven de un marrón más cálido y en su boca entreabierta advierto el hueco encantador entre las paletas.

El corazón se me para.

Las manos me tiemblan sobre la daga que aún sostengo, la daga que atraviesa el corazón que he amado.

Amita.

No. No. No.

Intento despertarme. Cierro los ojos con fuerza y no ocurre nada.

Esto no puede ser real.

Saco la daga de su pecho e intento contener la hemorragia con las manos. La sangre de Amita se escurre entre mis dedos mientras intento comprender lo incomprensible, aceptar lo inasumible.

Una mano cálida me acaricia la mejilla.

—¿Por qué? —susurra, con su voz, la voz de Amita.

En mi conmoción no sé si pregunta por qué la he apuñalado o por qué la intento salvar ahora.

No me salen las palabras.

La agarro de la mano con fuerza. Oprimo sus delicados dedos con desesperación. La herida sangrante sigue arrebatándole la vida mientras todo se tiñe de rojo.

Sus labios tiemblan cuando los abre, cuando esboza una sonrisa triste.

—No quería morir siendo otra —murmura.

Su boca se llena también de sangre. Sus dientes, antes blancos, son ahora la burla terrible de una sonrisa atroz.

Pestañea una vez, y luego otra. Un sonido estrangulado escapa de su boca, un gemido lastimero y, entonces, sus ojos empiezan a cerrarse.

—No —sollozo—. No...

Suelto su mano, que cae al suelo inerte, e intento taponar la herida. Aprieto con fuerza, desesperada, y entonces comprendo algo. Comprendo que no sabe quién soy. No sabe que soy yo quien la ha matado, pero tampoco sabe que no se irá sola.

Cambio. Con todas sus consecuencias. Cambio a mi forma natural, al pelo negro que ella acarició, a las mejillas que ella hizo sonrojar, a los labios que besó...

—Amita —susurro—. Amita, no lo sabía. Lo siento. Lo siento muchísimo. Amita...

Pero Amita no abre los ojos.

—¿Amita?

Acaricio sus mejillas y un horror profundo me atraviesa cuando veo el rastro de sangre que dejo en ellas.

No ha podido morir. No todavía; no ha podido marcharse creyendo estar sola, creyendo que no volvería a verme nunca más.

—No. Amita. No. —La zarandeo, le pongo las manos en el pecho, en los brazos, en la cara...

—. Amita...

Y la verdad me atraviesa, me parte por la mitad y me quiebra.

Yo misma le he pedido a Erio que me dejara vivir para verla una última vez... y así lo ha hecho.

Ahora yo vivo, Amita yace entre mis brazos y nunca volveremos a estar juntas.

Grito.
Grito desde lo más profundo de mi ser, sin que me importe quién pueda oírlo. Sin embargo, el sonido queda amortiguado por un estallido atroz; el estruendo salvaje de los cristales al hacerse añicos tras una mano invisible que las golpea.

Es aire.

Aire furioso que nace de mí.

Los cristales se quiebran, salen despedidos hacia el vacío y otros gritos, que eclipsan el mío, empiezan a escucharse en los pasillos y al otro lado de las ventanas. No me levanto para ver hasta dónde ha alcanzado la destrucción de mi poder.

No me puede importar menos.

Sostengo a Amita por los brazos y muevo después las manos hasta su pecho.

Cierro los ojos y deseo con todas mis fuerzas frenar la hemorragia, cerrar la herida, anclarla a la vida...

No he hecho esto antes, pero sí he hecho cosas parecidas. Nos dimos cuenta de cómo funcionaba y, después, fue cuestión de tiempo que intentáramos provocarlo: flores que crecían de la nada, tormentas que aparecían sin aviso, ráfagas de aire que nos revolvían el pelo...

Aún puedo verla, entre los árboles, donde la luz solo la alcanzaba en fragmentos, girando sobre sí misma, dejándose acariciar por un viento fantasma. El cabello suelto a su alrededor, la hojarasca levantándose entre sus piernas...

Si podíamos hacer eso, puedo curarla ahora.

Lo deseo, igual que me atreví a desear aquello por lo que, según los Cuervos, habría acabado en el infierno.

Y siento cómo la sangre deja de fluir, cómo la carne, bajo el vestido agujereado, vuelve a su sitio. Ahora no hay ni rastro de la herida; solo queda un cuerpo inmaculado, un vestido rasgado y sangre cuyo origen nadie descubrirá.

—Amita —la llamo, esperanzada.

Pero Amita no abre los ojos.

Apoyo una mano en la mejilla, negándome a comprobarlo todavía, a quemar la última esperanza.

—Amita... —imploro.

Parece dormida. No hay dolor en su gesto hermoso.

Deslizo los dedos por su cuello e intento encontrar su pulso, pero no hay nada. Ni un latido, ni un susurro de vida. *Nada*.

Me levanto, tambaleante, sin saber muy bien qué hago, pero apenas soy capaz de llegar al vestíbulo.

Las piernas se me aflojan, el aire se me queda atascado en los pulmones y, un segundo después, caigo y todo se vuelve oscuro.



Cuando despierto, sé que no he soñado con nada. Esta vez, no me he ido a ningún mundo hecho de sueños o pesadillas; me he quedado en un vacío oscuro y frío, y cuando regreso soy muy consciente de dónde estoy, de qué ha ocurrido, de a quién pertenecía ese cuerpo que he abandonado en el dormitorio.

Me he desplomado a un par de pasos de la puerta. No me permito mirar atrás y regresar. Tampoco me molesto en mirarme en el espejo, en descubrir cómo está mi rostro o mis manos o mi ropa.

Que vean la sangre por la que han de morir.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Solo me doy cuenta de que ha tenido que ser bastante cuando descubro que el ambiente es muy diferente a como lo era antes de entrar aquí.

No hay un alma en el pasillo, ni tampoco en las salitas de recreo.

Veo a una doncella que corre en dirección contraria, pero no huye de mí, ni de mi aspecto. Había *algo* que ya la atemorizaba antes.

No encuentro a nadie fuera, cuando miro por las ventanas, ni tampoco en las cocinas, ni en la lavandería. Miro en los aposentos de Eris, pero no está aquí. No podría ser tan fácil.

Encuentro a unos muchachos que corren, pero no se detienen cuando les pido explicaciones. Me cuesta un par de intentos hasta que alguien, una chica joven que trabaja en las cocinas, se digna a mirarme.

Ni siquiera repara en la sangre, y eso no deja de ser preocupante.

—¿Qué ocurre? ¿De qué huye todo el mundo?

Ella apenas se detiene un segundo para agarrarme de la mano.

—Corre —me dice—. Nos matarán por haber servido a los Leones.

—¿Quiénes? —inquiero.

—Los Lobos —responde—. Corre.

Tira de mí, pero yo no le permito que me arrastre, y no lo intenta más. Me suelta, se vuelve y huye.

Tomo la dirección de la que escapaba y me tengo que hacer a un lado cuando, en el corredor que da a la sala del trono, un grupo de soldados pasa corriendo a mi lado.

Y yo los sigo.

El silencio se ve pronto sustituido por los gritos, el entrechocar del acero, las órdenes desesperadas...

Me muevo como en un sueño, sin que nada importe de verdad, hasta que llego frente a las puertas abiertas del salón del trono y veo a los soldados, a los Leones y a los Lobos. Veo a los guardias luchando contra los hombres de Nírida y de Kirian, de los que no hay ni rastro. Algunos de los que llevan el uniforme de los Leones se han vuelto también contra estos. Es imposible, en una sola mirada, saber quién lucha contra quién.

El ruido de la batalla resuena en las paredes vacías, en los altos techos. El trono está desierto en el centro y allí, a los pies, un charco de sangre baña el mármol blanco del suelo.

Reparo entonces en el cuerpo y en la cabeza sin corona.

Y un placer extraño, entremezclado con la rabia que siente quien ha quedado segundo en una carrera, me atraviesa.

Lo han decapitado. Le han cortado la cabeza al maldito heredero de los Leones.

Y no he sido yo.

Me quedo allí plantada, sin que nadie me preste verdadera atención durante un buen rato. Solo un soldado de los Leones, que acaba de quedarse sin contrincante, repara en mí. Me mira, toma la espada con fuerza y, cuando da un paso hacia mí, solo tengo que desearlo:

Una ráfaga tan furiosa como la que ha reventado los cristales lo lanza hacia atrás, contra la pared más cercana. El sonido queda amortiguado por el caos de la batalla, pero yo lo oigo bien: el cráneo al chocar contra el mármol.

De nuevo, al sentir la magia fluyendo, me siento más ligera, pero también algo más cansada, como si ese poder naciera de mi fuerza vital.

Ya no hay nada que hacer, comprendo. Si Eris ha muerto, no me queda nada en este palacio.

Un soldado es atravesado por una espada a unos pocos metros de mí.

Alguien grita al otro lado de la sala.

La sangre hace que un guardia resbale y caiga junto al cuerpo sin cabeza del príncipe.

Y entonces lo decido.

Voy a destruir a los Cuervos.

Voy a quitarles lo que más desean: el poder.

La magia me arde en la punta de los dedos. La rabia, el dolor, y una furia salvaje.

Me doy cuenta de que no voy a poder hacerlo sin ayuda, y solo hay una persona que puede entender lo que siento, que ha cuestionado todo por lo que hemos sangrado, por lo que hemos matado, y que ha puesto en peligro años de trabajo y sacrificio... Solo hay una persona que se ha atrevido a condenar todo por lo que estábamos dispuestas a morir.

Me doy la vuelta.

Tengo que encontrar al pajarillo.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA



/MundoPuck



/Puck_Ed



/Puck.Ed

LATINOAMÉRICA



/PuckLatam



/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

» PUCK «

